

[Publicado previamente en: *Boletín de la Sociedad Española de Ciencias de las Religiones* 18, 2003, 25-33. Versión digital del manuscrito, editada aquí por cortesía del autor, con la paginación de la versión impresa].

## **Los orígenes de la Iglesia de Roma y el martirio de Pedro y Pablo**

**José María Blázquez Martínez**

La más antigua referencia a la presencia de cristianos en Roma se encuentra en las *Vidas de los doce Cesares* de Suetonio, redactadas en torno al 120, quien escribe (*Vita Claud.* 25.4), que el emperador Claudio expulsó a los judíos "por los continuos alborotos promovidos por Cresto". Tertuliano (*Apol.* 3) recogió la noticia de que se llamaba a Cristo, igualmente, Crestos. Había, pues, en Roma, hacia el año 49, judíos que creían en Cristo, y que discutían con sus hermanos sobre la fe de Cristo. La lectura del texto de Suetonio produce la impresión en el lector, de que el historiador romano opina que Crestos se encontraba en Roma. Estos judíos procederían, seguramente, de la diáspora y habían visitado Jerusalén con motivo de las fiestas religiosas (*Hec.* 2.9-10). Lucas menciona expresamente a los judíos residentes en Roma, que visitaban Jerusalén con motivo de la pascua. La mayoría de los estudiosos sostiene que Suetonio confundió a Cristo con Cresto, nombre muy frecuente entre los libertos y que los judíos seguidores de Cristo estaban en malas relaciones, tanto con los judíos de Roma como con los judíos partidarios de la aplicación estricta de la Ley. Esta expulsión coincidiría con la expulsión de los amigos de Pablo, Aquiles y Priscila de la que hablan los *Hechos de los Apóstoles* (18.2). Lucas expresamente escribe que el matrimonio fue expulsado de Roma por Claudio. Estas disputas en la judería sobre la figura de Cristo se documentan desde el primer momento de la predicación apostólica. Lucas (*Hech.* 6.9) escribe que Esteban discutía sobre Cristo con los judíos de las sinagogas de los libertos de Cirene, de Alejandría, de Cilicia y de Asia. Lo mismo sucedió en Roma. La Iglesia de Roma arrancarían, pues, de la sinagoga. Es interesante recordar que lo primero que hace Pablo al llegar a Roma, fue convocar

a los principales miembros de la comunidad judía. A unos convenció sobre la figura de Jesús ya otros no y se retiraron en desacuerdo unos con otros (*Hech.* 28.17-28).

En el año 57, Pablo, que nunca había visitado a Roma, envió una carta a la comunidad cristiana de la capital del Imperio, que pensaba visitar. Como en sus cartas auténticas, no menciona ninguna jerarquía al frente de la comunidad al igual que Ignacio de Antioquía, cuyas cartas son apócrifas y hoy se fechan en el paso del siglo II al siglo III, y proceden del círculo de Esmirna, al escribir a los cristianos de Roma. La carta de Ignacio se dirige a la comunidad de los fieles, lo que hace siempre que no hay un obispo al frente de ella. Tan sólo indica Pablo en su carta, que la diaconisa Febe se encontraba al frente de la comunidad cristiana, de uno de los dos puertos de Corinto y que en esa fecha se hallaba en Roma, probablemente por asuntos propios o de su comunidad. En la carta Pablo saluda a muchos cristianos, a los que cita por su nombre. Algunos eran conocidos de Pablo, como Aquila y Priscila, mencionados en los *Hechos de los Apóstoles* (18.2,26, también *ICor.*16.19 y en *2Tim.* 4.19) y otros no. En esa fecha se contaban cristianos en la *familia Caesaris* a los que saluda, que eran esclavos y libertos imperiales. Estos dos documentos prueban que ni Pedro ni Pablo fundaron la comunidad cristiana de Roma.

En los *Hechos de los Apóstoles* (28-14-30), su autor, Lucas, termina el libro con la presencia de Pablo en Roma, pero nada afirma sobre su muerte. Se supone que Pablo llegó a Roma en el 61 y poco después Pedro. Del hecho de que Pablo no menciona en su carta a los romanos a Pedro, se ha deducido que este Apóstol no visitó Roma antes del 57.

El historiador romano Tácito, que escribió sus *Anales* del Imperio Romano en 116, describe (XV.44) la persecución que Nerón decretó contra los cristianos de Roma, acusándoles del incendio de la ciudad. Afirma Tácito que Nerón capturó a algunos cristianos que afirmaron no ser ellos los responsables del incendio, pero informaron que otros lo habían sido. Es decir, delataron a sus hermanos en la fe. Esta denuncia prueba que los cristianos de Roma estaban divididos.

Tácito (*Ann.* XV.44) afirma que había en Roma una multitud ingente de cristianos. Plinio (*Epist.* 10.96) escribió al emperador Trajano en torno al 111-113 que los cristianos solían delatarse unos a otros. Algunos autores de primera fila, como O. Cullman, R. Brown y otros sostienen que fueron los cristianos partidarios de cumplir la ley mosaica los colaboradores de Nerón. Este mismo grupo pudo muy bien ser el que actuó en el año 49 en la judería de Roma. Estas denuncias se documentan desde los primeros momentos de la expansión del cristianismo. Pablo en *sus cartas* (*Gal.* 2.4; *ICor.* 11.26) se queja de los falsos hermanos que encontró en las iglesias fundadas por él. En los primeros 50 años del cristianismo se documenta una oposición entre los partidarios de seguir los preceptos de la ley judía y otros que prescindían de ella. Lucas (*Hech.* 6.13-14) relaciona el ataque a Esteban con la destrucción del templo de Jerusalén y con el cambio de las costumbres transmitidas por Moisés. En el año 50 estalló un conflicto por causa de la circuncisión y de los judíos conversos. La iglesia de Jerusalén, liderada por Santiago, hermano de Jesús, exigía la circuncisión. Pablo y Bernabé (*Hech.* 15.6-12) fuera de Jerusalén admitían en las iglesias fundadas por ellos a cristianos no circuncidados. Pablo en su carta a los gálatas (2.11-14) cuenta que en Antioquia se enfrentó a Pedro violentamente, pues antes de que llegasen unos emisarios de Santiago, comía con los gentiles, pero cuando llegaron, se separó, temiendo a los judíos circuncisos, que arrastraron a Bernabé. Pablo echa en cara a Pedro que obligara a los judíos a vivir según las prácticas judías.

El Nuevo Testamento no dice nada de la muerte de Pedro y Pablo. Las excavaciones efectuadas debajo de la basílica de S. Pedro no han descubierto la tumba de Pedro, ni el cenotafio, cuyo cuerpo, al no ser ciudadano romano, si murió durante la persecución de Nerón o en una reyerta, fue quemado y las cenizas arrojadas al Tíber. Tampoco se conoce la presencia de Pedro en Roma. En el año 96, Clemente desde Roma escribió una carta a los cristianos de Corinto, comunidad con graves problemas internos. Nada se sabe de Clemente. Sólo que escribió en nombre de la comunidad romana, no en su nombre, ni él afirma que él esté al frente de la comunidad. Menciona en plural a obispos presbíteros, pero no establece entre ellos ninguna diferencia. El autor del tratado *El pastor de Hermas*, redactado en Roma en torno

a la mitad del s. II, menciona un Clemente, secretario de la comunidad de Roma, pero nada prueba que este Clemente sea el autor de la citada carta. Eusebio, en su *Historia Eclesiástica* (111.15), cita un Clemente, que, según él, fue el tercer obispo de Roma, pero esta noticia dicha así es falsa. Una leyenda del s. III hace a este Clemente pariente de Domiciano, que ordenó matarle (Ps. Clem. *Epist. ad Jac.* 2.2; *Hom.* 4.7.2) en el año 95. Según Suetonio (*Vita Dom.* 15.1) estaba totalmente desacreditado por no hacer nada. El historiador Dión Cassio (LXVII.14), en su *Historia Romana*, expresamente afirma que fue asesinado junto con su esposa Domitila, pariente también del emperador, por judaizar. No es aceptable que un historiador de la talla de Dión Cassio, a comienzos del s. III, no puntualice que fue asesinado por cristiano, confundiendo cristianos y judíos.

El Clemente Romano no tiene que ver nada con el Clemente ajusticiado por Domiciano, ni desempeñó ningún cargo importante al frente de la iglesia de Roma, y nada induce a creer que fuera cristiano. Clemente Romano expresamente afirma (*1Epist.* V.6-8; V.2) que "por emulación y envidia fueron perseguidos... y sostuvieron combates hasta su muerte" Pedro y Pablo. Al referirse a Pedro (*1Epist.* V.4) habla de una "inicua emulación"; a Pablo de "envidia y rivalidad" (*1Epist.* V.5); a los mártires de la persecución de Nerón, que "después de sufrir por envidia muchos ultrajes y tormento" (*Epis.* VI.1), que "por envidia fueron perseguidas mujeres" (*1Epis.* 2), que "la envidia enajenó a las casadas de sus maridos", (*1Epist.* VI.3). Estos términos utilizados por Clemente difícilmente explican los motivos de la persecución de Nerón, a no ser que se trate de las denuncias de unos cristianos contra otros, lo que es muy posible; y tiene apoyo en lo escrito por Tácito. Aluden, sin duda, como se ha propuesto recientemente, a luchas intestinas de la comunidad cristiana. Su mención explica que se recuerda la envidia en una carta a una comunidad cristiana, dividida también, como la de Corinto. Pedro y Pablo morirían con ocasión de luchas intestinas dentro de la comunidad. En la comunidad cristiana de Corinto, por causas no bien conocidas, estalló una lucha de los jóvenes contra los mayores; Clemente (1.1; 2.6; 3.2; 14.2; 46.9; 51.1; 54.2; 57.1; 63.1) habla de sedición, división, celos, envidia y pelea. Algunos autores de primera fila en el campo de la investigación de la historia del Cristianismo primitivo, como O. Cullmann, R.

Brown, J.P. Meier, A. Fridrichsen, a los que hay que añadir últimamente G. Wills, han defendido que Pedro y Pablo murieron víctimas de la envidia de los mismos cristianos. No sufrían el martirio por parte de los mismos cristianos, sino que algunos de ellos acudieron al emperador para acabar con alguna discordia en el interior de la comunidad cristiana de Roma. Ello explicaría, según la investigación moderna, el silencio de Lucas sobre la muerte de Pablo, y que la Iglesia de Roma, hasta el s. III, no mencionara nunca a Pedro y a Pablo en Roma. Hay que esperar al testimonio del presbítero romano Cayo, s. III, quien recuerda los trofeos (monumentos conmemorativos y no necesariamente tumbas) de Pedro y Pablo en Roma (Eus. *HE.* VI,25.7). Tertuliano entre los años 200 y 213 (*adv. Marc.* IV.5; *de praescr. haer.* XXXV.I-3; *Scorp.* XV.3) puntualiza que Pedro fue crucificado como Jesús durante la persecución de Nerón, y Pablo decapitado como Juan Bautista. Pero este testimonio está separado unos 150 años de los sucesos que narra. Clemente Romano no puntualiza que Pedro y Pablo murieron en Roma, cuenta su muerte por "envidia y rencor" después de otros casos parecidos. Este silencio sobre el lugar de su muerte no se puede explicar fácilmente, principalmente cuando su mención daría mucha fuerza al contenido de la carta de Clemente. Tampoco se acordó la Iglesia de Roma de que Pedro y Pablo predicaron en Roma, cuando no tenía otra salida que sostener que su doctrina era la heredada de Pedro y Pablo, como cuando los pesos pesados de la gnosis cristiana herética, que hacían derivar su doctrina directamente de los apóstoles y que cambiaban el dogma en puntos fundamentales y le arrancaban de sus raíces bíblicas, se presentaron en Roma, como Valentín, que permaneció largo tiempo (140-145/165) en la capital del Imperio; Cerdón, que visitó Roma entre los años 136-142 (*Iren. adv. haer.* CXI, 4,3), y Marción, que vivió en ella desde el 140 (*Tert. Praesc.* 30.2) hasta el 160. Roma no supo qué hacer con ellos y los arrojó de su comunidad.

La única arma de que disponía Roma contra ellos y mortal era afirmar que ella era la heredera de las enseñanzas de Pedro y Pablo. Esto no lo sostuvo nunca en esta ocasión. También, quizás, no lo afirmó, porque el concepto de sucesión apostólica es un concepto gnóstico, que adoptó después el cristianismo ortodoxo en su defensa. Se afirma que fue Ignacio de Antioquia el primer y el principal

obispo, que defendió la sucesión apostólica de los obispos, idea que es totalmente falsa. El primer obispo, que se consideró a si mismo sucesor de Pedro, y que aplicó a su persona las palabras que Jesús dirigió a Pedro: que Pedro es la piedra sobre la que se edificó la Iglesia y le entregó el poder de atar y desatar (Mat. 16.18), fue Agripino de Cartago, hacia 220. Tertuliano lo atacó duramente por esta atribución en su tratado *de pudicitia* (21). Para el gran coloso de la Iglesia africana "el Señor confirió este poder personalmente a Pedro y a nadie más".

Los monoobispos, un obispo en cada comunidad, no están atestigüados antes del 177, Carta sobre los mártires de Lyon (Eus. *HE*. V. 1.17), y en Roma no se documentan antes de finales del s. II, pues la carta de Ignacio de Antioquia no los menciona y no hubiera dejado de hacerlo, siendo él defensor acérrimo de ellos. Ignacio en sus cartas habla de los apóstoles como de gentes del pasado. Expresamente afirma que él no tiene los mismos poderes que los apóstoles (*Cartas a Tralles* 3.3 y *a los romanos* 4.3); el papel de los apóstoles lo desempeñan los mayores, subordinados a los obispos (*Carta a los de Esmirna*, 81; *a los de Tralles*. 2.2 y 3.1). El obispo de Antioquía no se presenta como sucesor de Pedro, que actuó en Antioquía. Ignacio a los obispos no les asigna ningún papel apostólico. Cuando Marción fue a Roma en 144, según Tertuliano (*Ad. Marc.* 1.19), se presentó a los presbíteros, que formaban un colegio que era el que estaba al frente de la cristiandad romana.

En las cartas de Ignacio se observa que el monoobispo es una institución reciente, que encuentra oposición por todas partes en el paso del siglo II al III; de Policarpo se quejan los habitantes de Esmirna (*Epist.* 1.2) de que no es agresivo; los de Efeso (*Epist.* 15.1) de su obispo de que no habla bien; y los de Magnesia (*Epist.* 3.1-2) de que es demasiado joven. En su ciudad Antioquía, Ignacio tuvo grandes problemas y pidió apoyo a los habitantes de Esmirna (*Epist.* 9.1) y a los filipenses (*Epist.* 11.2-3), a los que está muy agradecido. Los obispos son líderes democráticos, elegidos por el pueblo, que en la Didajé (1 5.1), final del s. I o comienzos del s. II, los elige y los impone las manos el pueblo.

Las listas de los obispos de Roma, transmitidas por Dionisio de Corinto (170), conservadas por Ireneo (*Adv. Haer.* 3.32), a finales del s. II y por Eusebio en el s. IV (*HE* IV.10, V.6), no ofrecen ninguna garantía. Son productos de la lucha antignóstica y de la necesidad en que se encontraba la iglesia ortodoxa de arrancar su doctrina de la predicación de los apóstoles, al igual que lo hacían los gnósticos cristianos heréticos. Estas listas son contrarias a lo que se deduce de los citados autores que escriben sobre Roma y tres que vivieron en Roma estaban muy bien enterados: Tertuliano, que menciona un colegio de presbíteros en Roma en el 145, como ya se ha indicado; Clemente Romano, que cita a obispos-presbíteros, como se ha dicho, y el autor del *Pastor de Hermas*, que habla siempre colectivamente de dirigentes de la iglesia (II.2.6) y de los que gobiernan la iglesia (III.9.7). Justino, que escribe en Roma en 155 su primera *Apología*, al referirse a la celebración de la eucaristía, menciona por dos veces al presidente (65.3) y otras dos veces al describir la liturgia dominical (1 *Apol.* 67.4- 5). Al obispo no se le llama presidente, como hace *Justino*, quien también conoce a los ancianos, que son los presbíteros. Este presidente es el presidente del colegio de presbíteros que 10 años antes cita Tertuliano al frente de la Iglesia de Roma. Todas estas fuentes mencionan organismos colegiados.

Las cartas del *Apocalipsis* de *Juan*, obra redactada en torno al 95, se dirigen a las iglesias y no mencionan, al igual que tampoco lo hace Ignacio en su carta a los romanos, a obispos o a jerarquía alguna al frente de las iglesias, como no lo hace tampoco Pablo.

La tesis de que Pedro y Pablo murieron en Roma como resultado de una lucha intestina dentro de la comunidad cristiana es la única que explica, satisfactoriamente, el silencio sepulcral sobre la muerte de Pablo de Lucas en los *Hechos de los Apóstoles* y de Roma durante todo el s. II sobre la presencia de Pedro y Pablo en la capital del Imperio, al mismo tiempo que la terminología empleada por Clemente Romano.

## Bibliografía

- J.J. Ayán, *Clemente de Roma. Carta a los Corintios. Homilía anónima (Secunda Clementis)*, Madrid 1994.
- J.J. Ayán, *Hermas. El pastor*, Madrid 1995.
- J.J. Ayán, *Ignacio de Antioquía. Cartas. Policarpo de Esmirna. Carta. Carta de la Iglesia de Esmirna a la Iglesia de Filomelio*, Madrid 1999.
- R.E. Brown, *Biblical Reflections on Crisis facing the Church*, Paulist Press, 1970.
- R.E. Brown, *Priest and Bishop: Biblical Reflections*, Paulist Press, 1970.
- R.E. Brown – J.P. Meier, *Antioche et Rome. Berceaux du Christianisme*, Paris 1988.
- O. Culmann, "Les causes de la mort de Pierre et Paul d'après le témoignage de Clement Romain", *RHPPhR* 10, 1930, 294-300.
- O. Culmann, *Saint Pierre, disciple-apôtre, martyr*, Neuchatel-Paris 1952.
- W.H.C. Freud, *Martyrdom and Persecution in the Early Church*, Oxford 1965.
- S. Giet, "Le témoignage de Clément de Rome. La cause des persécutions", *ReSR* 29, 1955, 333-345, contrario a la tesis de O. Culmann.
- J. Gnilka, *Pedro y Roma. La figura de Pedro en los primeros siglos de la Iglesia*, Barcelona 2003.
- A. von Harnak, *Marción*, Darmstadt 1960.
- R. Joly, *Hermas. Le Pasteur*, Paris 1968.
- H. Jonas, *La religion gnostique*, Paris 1978.
- H.L. León, *The Jews of Ancient Rome*, Peabody 1965.
- J.M. Mayeur y otros, *Histoire du Christianisme 1. Le Nouveau Peuple (des origines a 250)*, Paris 2000.
- D.W. O'Connor, *Peter in Rome*, Columbia 1969.



M. Pancera, *San Pietro. La Vita. Le speranze. Le lotte e le tragedie dei primi cristiani*, Milán 1983.

A. Quacquarelli, *I Padri Apostolici*, Roma 1989.

T. Schmidt, *Poroikie und Oikumene. Sozial- und mentalittits-geschichtliche Untersuchungen zum 1 Clemensbrief*, Berlin 2002.

W.R. Stroedel, *Ignatius of Antioch*, Fortress Press 1985.

A. Wartelle, *Saint Justin. Apologies*, Paris 1987.

G. Wills, *Pecado papal. Las deshonestidades de la Iglesia Católica*, Barcelona 2001.